

SIGNOS DE ADMIRACION

MANUEL ANDUJAR

"Credo de libertad"
y otras presencias

NO ya por vinculación política y administrativa, en el continente fronterero, su costa desde Múaga avistada; tampoco en virtud de un tangible carácter territorial, pegajosamente fronterizo: si a resultas de vínculos y orígenes civiles, humanas, al margen de lo castrense, la ciudad de Melilla alberga isloes culturales a lo andaluz entroncados. Y quienes mantienen encendidos esos fuegos-lares, marcados por su posible transitoriedad, a merced de un estar sólo inserto, abolida la entera seguridad del futuro común, no cejan en un quehacer de afirmaciones expresivas.

Pero este grave condicionamiento, existencial y espacial, no es causa única de las notas de clasicismo bruñido y de colindante pagania mediterránea que a lo africano se adhiere para distinguir una creación poética de vasto empeño y tenaz laboreo, la de Miguel Fernández. La razón hemos de atribuirle también, concorde, al temperamento sobrio y un tanto ensimismado del escritor, a su mesurado sentir y a su perspectiva de terrenas trascendencias. Incluso algún bordoneo elegante-sexual en sus versos —ejemplo, "Eros y

Miguel Fernández.



Anteros"— adquiere, gracias a una emocionada sabiduría verbal, sustantivadora, fija atmósfera.

A pesar de que los atenúan y exculpan su colaboración social y una presteza de discretas hermandades, perceptible es que aislamiento y soledad, cotidianos, constituyen las claves ambientales de la lírica trama de Miguel Fernández, configuran una dedicación que no admite desmayos. En su lejanía habitual de los centros literarios españoles ha labrado un edificio distintivo de considerable magnitud a estas fechas y que ofrece una consecuencia temática donde no se excluyen los misteriosos interiores y los exigentes pero compensatorios senderos.

Si bien Miguel Fernández —reflexión y clarividencia aunados— no cesará de remodelar nuevos ciclos de poemas, el haber aparecido este año la segunda edición de "Credo de libertad", que inició en 1958 su inconfundible cadencia, y recientes, de prensas granadinas, "Las flores de Paracelso", gran ejercicio de virtuosismo, dan idea de una producción sistemáticamente significativa, redondeada, y, además, sin desniveles primerizos ni maduras aguanosidades.

El poemario "Credo de libertad" comparece hoy sin un solo pliegue de añejez, limpio de gestulación tímida, declarados los que serían abanicos argumentales y facultades de ritmo y rima, explayados después en "Sagrada forma", "Juicio final", "Monodia", "Atentado celeste".

Los propios títulos enuncian, y los correlativos textos atestiguan, una consagración a lo que nuestro devenir e intuir poseen de comunal y singular, día o conflicto de perennidad y fugacidad que encarnamos y nos desgarran:

"Ha nacido esta mañana/ha procreado a la tardely va a morir esta noche".

A partir de esa presencia —"Credo de libertad"— y a través de los hitos apuntados, Miguel Fernández, que parece asentarse en el frágil equilibrio de la fraudulenta cercanía y del efectivo distanciamiento, pocas leguas de mar interferidas, desorienta ahora a los alicortos con "Las flores de Paracelso", botánico y esotérico ejercicio de belleza, en el que los apresurados pueden no advertir la sangrienta señal del olivo, más acusatoria que las trilladas estridencias y que viene a resumir sin número de trapelías y las respectivas insurgencias "en la plaza redonda del conjuro":

"El reto que maldijo del tirano
el cruel fusilamiento,
en la pólvora queda.
El mártir muere el olivar.
¿Le veis?
En la alba camisa
la roja flor de sangre se enarboia
y cuaja allí el veneno".

Sea cual fuere el destino, distante o próximo, de la "plaza fuerte" (¡oh, resquebrajado castillo, cercado torreón, rival puerto contiguo! de aquellos polvos estos lodos...) donde Miguel Fernández y su círculo de afines españoles cobraron nacer y residencia, queda y permanecerá el noble afán justificador, en letras y ánimos, de un grupo a su estilo extrañado. ■



José Herrera Peters.

Tornero, el actual vicepresidente de ARDE, que, dicho sea entre paréntesis, salió muy bien librado —según su propio testimonio— tanto política como económicamente de los resultados de la guerra y posguerra, Memorias que llegan hasta 1975. Sus relatos no tienen el patetismo de los de Eduardo Guzmán o Angel María de Lera, pero no por ello deja de ofrecer una visión de la realidad que Márquez Tornero completa con la constante referencia a los sucesos internacionales. A modo de apéndice, Testimonio de mi tiempo incluye el texto de la Constitución de la Segunda República Española, que nos sirve para recordar aquello de que "España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de libertad y justicia", o aquel artículo 6, en el que se decía que "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional". ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

CANCION

Labordeta y los enterradores

LOS recientes recitales de José Antonio Labordeta por diferentes lugares de la Península, y, especialmente, los multitudinarios de Madrid —donde hubo que ampliar las sesiones, habitualmente de dos, hasta un número precisamente doble— hacen pensar en un "renacimiento" de la canción popular, ahora que

las aguas de la crisis parecen volver a unos cauces de reflexión y de una mayor experiencia. Sin embargo, dicho renacer no se explica tanto por el éxito masivo de estas convocatorias —triunfo numérico que nunca ha faltado en muchos artistas con gran poder de atracción—, sino por el mayor realce artístico que éstos, y muchos otros recitales de hoy día parecen alcanzar. La auto-crítica de los cantantes más conscientes —que ha inducido a muchos de ellos a retirarse temporalmente de la escena— y la propia labor de francotiradores y posturas de razonado ataque han hecho que se haya llevado a cabo un fuerte esfuerzo de adaptación por parte de los autores para conseguir un nivel cualitativo de mayor altura y un nivel profesional de más amplia madurez. Parece que empiezan a recogerse los primeros frutos de tal trabajo, realizado en los dos o tres últimos años:

—Pienso que hemos dado un paso importante de cara a la consecución de un espectáculo más completo —*manifiesta Laborde-ta*—. Ahora cuidamos la puesta en escena, la iluminación, los efectos sonoros, la calidad del acompañamiento, en fin, una serie de detalles que anteriormente, hemos de reconocerlo, estaban en un punto mucho más primario. Hace cuatro o seis años, por no hablar de aquellos tiempos en que comenzamos, con el franquismo, íbamos con nuestra guitarra al hombro y no te planteabas otra cosa más que la posibilidad de lanzar donde fuese tus canciones. Después vino la etapa de la politización desmesurada, donde todo se aprobaba, o se permitía, si tenía un contenido de tal tipo. Ahora, finalmente, hemos llegado a una situación en que la canción popular se ofrece fundamentalmente como un espectáculo cultural, de mayor o menor calidad, por supuesto, dependiendo ello del artista en cuestión. Y hay quien no ha sobrevivido a la evolución y se ha quedado por el camino.

—¿Por su propia incapacidad en sobrevivir, no adaptándose a las nuevas circunstancias; su falta de calidad mínima desde siempre, o, de alguna manera, por el escaso, cuando no nulo, apoyo recibido por parte de to-

dos, público y medios de comunicación?

—Quizá un poco por todo, pero no hay que olvidar, desde luego, que hay demasiados enterradores oficiales. Hay gente que se dedica a enterrar al prójimo, y no sólo en el terreno de la canción. José María Castellet, por ejemplo, también fue un enterrador de muchos poetas españoles, no recogidos en sus antologías, como el caso de mi hermano Miguel Laborde-ta, en cuya reivindicación yo estoy absolutamente empeñado, como buen maño que creo ser. Pues bien, en estos años también se ha querido sepultar a muchos cantantes y autores; ya veremos dentro de al-

gún tiempo qué pasa con todo esto.

—¿Cuál es la situación actual de la música popular aragonesa?

—La canción aragonesa está atravesando un momento complicado ahora mismo —*continúa el autor de "Cantata para un país"*—. La Bullonera está en una etapa de renovación; el grupo Chicoten, desgraciadamente, ya no existe; en Boira también, según mis noticias, se está produciendo una escisión. Falta gente joven que se amorre, que venga a añadirse a los ya existentes. Ahora bien, también aparecen espléndidos grupos folklóricos, tal como el del Alto Aragón, de Jaca, que están redescubriendo

la música tradicional. En cuanto a los más jóvenes, están interesados por otros tipos de música, y muchos tienen "comido el coco" por el rock y la música anglosajona. Finalmente, están aquellos a los que les interesa la profesión y tienen una visión mucho más global de los problemas y las necesidades expresivas de los aragoneses como comunidad.

—Tu último LP ha supuesto un cierto cambio en tu trayectoria discográfica y compositora. Has partido de materiales totalmente populares, y, sobre ellos, has elaborado una historia común, conceptual, sobre tres o cuatro puntos nodales de la problemática de tu tierra: la emigración, la especulación, el retorno al hogar...

—Yo soy muy visceral, nada cartesiano —*responde Laborde-ta*—. Tuve una serie de intuiciones durante algunos viajes a Europa, y, pensando sobre ellas tuve la idea de hacer una historia. Paco Medina, Alberto Gambino y Luis Fatás realizaron el resto: ponerle música y los arreglos convenientes a las canciones, que suenan, además, igual en directo que en el disco. Las melodías de estos temas estaban ahí: eran melodías populares, pertenecientes a una comunidad rural, religiosa, la de nuestros antepasados. Por eso creo que tampoco hay que avergonzarse de manipular ciertos textos y adaptarlos a los problemas reales de hoy. Ahora bien, en cualquier caso, esos nuevos textos hay que cantarlos con estilo muy popular, en mi opinión. Si lo haces de una forma académica, escolástica, es como si les faltase aire y vida. Hay que cantar con bravura, dejándose la garganta en cada nota. Y si lo que se dice a veces no es muy bello, muy poéticamente perfecto, que tampoco se escandalice nadie. Lo importante, es la emoción, el transmitir sentimientos y vivencias.

No faltará quien, desde posturas legítimamente esteticistas, siga, pues, criticando a Laborde-ta la forma pretendidamente hosca y excesivamente fácil de algunas de sus canciones; en todo caso, ahí queda un fenómeno de masas que ahora prepara también una novela y un libro de sus propias experiencias en el terreno de la canción. ■ ALVARO FEITO.

José Antonio Laborde-ta.

